

CATALUÑA

Charles Puigdemont, además de ser el cuarto President de la Generalitat, nacido en Amer, Girona, parece una persona cabal la mayor parte del tiempo. Fue desde bien joven independentista, lo cual nada nos dice acerca de la corrección o incorrección de su posición política, pero sí nos dice que esa carrera política que culmina con la última presidencia de la Generalitat autonómica — así dice la leyenda del *procés* — no ha estado guiada por el oportunismo.

Puigdemont no acostumbra a vilipendiar a su adversario para justificar su credo político y no tiene problemas en afirmar que el “España nos roba” es un mantra falso. Dado que ese mantra es, según algunos, uno de los factores que tanto ha hecho crecer al independentismo, no parece trivial hacer notar que una de las cabezas visibles del independentismo evita cualquier ambigüedad a la hora de afirmar su falsedad. Puigdemont tampoco cae en esa especie de nihilismo que parece fundar el pensamiento de algunos independentistas según el cual “PP y PSOE son lo mismo”, o sea, la nada, una nada española, desde luego, pero la nada al fin y al cabo.

Por alguna extraña razón, además, cuando dice que el referéndum se va a celebrar con o sin participación del Estado, a diferencia de cuando lo dicen algunos otros líderes independentistas, no suena como una amenaza: no digo que esté afirmando algo distinto de lo que afirman los demás, sólo digo que cuando él lo dice no suena como si estuviera apuntando con una pistola al pecho de su interlocutor. Por lo demás, no parece perder las formas ni siquiera cuando, por un lado, la sombra alargada de Artur Mas, y,

por otro lado, las cada vez menos disimuladas ambiciones presidenciales de Oriol Junqueras, amenazan con dejarlo a la intemperie. Puigdemont cree genuinamente en la misión que se le encomendó y está ahí para ayudar en lo que haga falta, incluso para vaciar la piscina en que su mentor y su supuesto aliado le harán caer en algún momento.

El votante independentista valora el compromiso genuino de Puigdemont y, precisamente por ello, no debería extrañar que una parte del Pdecat lo considere como un activo y lamente su firmeza a la hora de no querer presentarse a unas eventuales elecciones. Cuesta imaginarse a Puigdemont en un cartel electoral como aquel en que Mas, con los brazos

Puigdemont

PAU LUQUE

No da la impresión de ser un cínico: realmente cree que la última estación del *procés* es la independencia

completamente extendidos, invocaba la voluntad de un pueblo. Puigdemont, dado su temperamento aparentemente austero, quizá tema que le hagan hacer ese papelón, y quizá por ello, entre otras razones, declina la posibilidad de encabezar una lista post-convergente.

Hay un sentido, pues, en que Puigdemont no es un producto más de esa maquinaria de crear mitos efervescentes denominada *procés*. Pero para no dejar que el *procés* se devore a sí mismo ya no basta con participar en él presentando unas credenciales independentistas impolutas como las del exalcalde de Girona; hay que contribuir a engrasarlo mediante la dramatización de la vida política catalana. De ahí esas declaracio-

nes de hace unos meses en que Puigdemont aseguraba estar dispuesto a ir a la cárcel con tal de convocar el referéndum. No sabemos si la independencia exige épica — aunque la eventual independencia del Québec o de Escocia no parece requerir demasiada épica —, pero sí sabemos que el *procés* vive de la épica, y el habitualmente prudente Puigdemont está dispuesto a hacer su parte para que el *procés* sobreviva. Puigdemont no da la impresión de ser un cínico: realmente cree que la última estación del *procés* es la independencia. Quizá se trata de una estación muy lejana, pero la supervivencia del *procés* emerge como un paso ineludible en ese viaje.

Y es que el *procés* es ya una institución catalana más, una institución metafísica si se quiere, pero una institución, y defenderlo es tener sentido institucional. Así que todo indica que Puigdemont, por sentido institucional, puede estar dispuesto a jugar el papel del héroe, del mártir, del revolucionario, que se sacrifica en la batalla.

Pero nada parece indicar que su eventual martirio vaya a hacer alguna diferencia relevante. President, quizá el *procés* necesite héroes para seguir viviendo, pero Cataluña no los necesita; además, el *procés* no se merece que un buen tipo como usted se atrinchere en el castillo *processista* para terminar en la cárcel. President, como le decía Leonard Cohen en una canción a Fidel Castro, “abandone campos y castillos, déjelo todo, sea un hombre y vuelva a hacer nada en especial”.

Pau Luque es investigador en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.



El presidente catalán, Carles Puigdemont, en el Palau de la Generalitat. / MASSIMILIANO MINOCCI

Estamos en la fase final de la negociación para aprobar, en un segundo intento, los presupuestos del primer gobierno independentista de Cataluña. Una vez más, constatamos el ineludible contenido ideológico de las leyes de presupuestos, a pesar de que durante años se afirmara que no había margen para modificar ingresos y egresos de la actividad económica del gobierno catalán, y así justificar recortes en políticas sociales. Las diferencias entre la conservadora indefinición ideológica de CiU y el proyecto independentista de Junts pel Sí, entre Mas-Comelló o Junqueras como máximos responsables de unos presupuestos con la política radicalmente distinta a la de ejercicios anteriores.

Como ley ideológica, la ley de presupuestos debe ser coherente con el programa de gobierno de Junts pel Sí y, si se quiere la aprobación de los anticapitalistas, con el pacto postelectoral entre Junts pel Sí y la CUP formalizado en la Resolución I/XI del Parlament de Catalunya de 9 de noviembre de 2015. Ambos documentos plantean dos grandes objetivos: crear una Cataluña independiente y revertir el sistema económico catalán. El programa electoral de Junts pel Sí afirmaba que “la desigualdad actual es una realidad a transformar” y destinaba un amplio apartado a presentar un nuevo modelo económico “al servicio de las personas” que incluía un cambio significativo en políticas de ocupación, programas de garantía juvenil, salario mínimo, política fiscal y financiera, política energética y de defensa contra los oligopolios. Por su parte, la Resolución del Parlament instaba al gobierno a “blindar los derechos fundamentales que pue-

Los presupuestos del independentismo

JORDI MATAS

A pesar del crecimiento de la economía, siguen vulnerándose las mínimas condiciones vitales y hay paro, personas sin hogar, precariedad laboral y pobreza energética

dan resultar afectados por decisiones de las instituciones españolas” y a adoptar medidas para combatir la pobreza energética, promover el acceso a una vivienda digna, garantizar una atención sanitaria universal pública y de calidad, proteger el sistema educativo catalán y asegurar la financiación de un plan de choque social.

Para cumplir con estas propuestas de reversión de los recortes y las privatizaciones de los gobiernos de Mas, es imprescindible que los presupuestos estén en sintonía con los pactos que solemnizaron las fuerzas independentistas y con las necesidades de una sociedad catalana que observa cómo, a pesar del crecimiento de la economía, siguen vulnerándose las mínimas condiciones vitales (paro, personas sin hogar, hogares sin ingresos, precariedad laboral, salarios miserables, pobreza energética, jóvenes marginados, niños por debajo del umbral de pobreza, abandono escolar, discapacitados en situaciones infames, servicios de urgencias en condiciones precarias...).

Los presupuestos públicos son un instrumento fundamental para evitar, disminuir o resolver estas situaciones de clamorosa injusticia social. Mientras Junqueras subraya que los presupuestos de 2017 son los que tienen el porcentaje más alto de gasto social de la histo-

ria, la CUP afirma que el gobierno debe ir más allá y seguirá negociando para que redistribuyan mejor la riqueza y recuperen servicios públicos básicos, el PSC advierte que no responden a las demandas aprobadas en el pleno de pobreza del Parlament, CSQP lamenta la apología a la reducción del déficit público y la sumisión al Estado y a sus poderes económicos, el presidente de la Mesa del Tercer Sector exige que actúen sobre las políticas redistributivas como la ocupación o la vivienda, y hay una iniciativa legislativa popular que exige el cumplimiento del artículo 24 del Estatuto catalán y que los presupuestos prevean una renta garantizada de ciudadanía para personas en situación de pobreza. Un cúmulo de críticas a la proyección social de los presupuestos que ahora se intenta reconducir *in extremis* en la negociación final de secciones presupuestarias como salud y enseñanza.

Si el gobierno incluye una partida de 5 millones de euros para el referéndum, también podría desobedecer e incumplir las imposiciones económicas del gobierno español para asegurar unos presupuestos socialmente más justos que eviten prolongar el sufrimiento cotidiano de muchas personas, como sugirió Joan Coscubiela o como indica la Resolución I/XI del Parlament. Si lo hiciera, no solo obtendría el apoyo de la CUP y la complicidad de CSQP, sino que también podría evidenciar la República que quiere construir y ampliar el apoyo ciudadano a la celebración del “referéndum o referéndum”. Y si además la ley de presupuestos rebajara la presión fiscal a las rentas bajas y la incrementara a las altas, contaría con mayor apoyo popular, puesto que así lo demanda el 77% de los catalanes.

Jordi Matas Dalmases es Catedrático de Ciencia Política de la UB